

DOMINGO IV DE ADVIENTO (A)
Homilía del P. Josep-Enric Parellada, rector del Santuario de Montserrat
23 de diciembre de 2007
Mt. 1, 18-24

Queridos hermanos y hermanas,

Estamos muy cerca de la Navidad y en este último domingo de Adviento las lecturas que la liturgia nos propone evocan una notable sorpresa ante la forma cómo Dios actúa. La gran lección de la Navidad es que Dios responde muy de veras, muy profundamente a las esperanzas, expectativas y anhelos humanos. Pero su manera de hacerlo, el camino que escoge, siempre nos sorprende.

El fragmento evangélico que nos acaba de ser proclamado nos explica el nacimiento de Jesús el Mesías. Se trata de un relato breve, que no se pierde en detalles innecesarios y su objetivo es narrarnos la intervención definitiva de Dios en la historia de la humanidad en la persona de Jesús, es decir, Dios se ha hecho uno de nosotros. Una vez más su intervención huye de lo que es "normal" para nosotros. María, su madre, que tenía una promesa de matrimonio con José, un descendiente de la familia real de David, había concebido por obra del Espíritu Santo.

José y María, en razón de la promesa de matrimonio, eran ante sus contemporáneos y ante Dios marido y mujer, por eso no es difícil imaginarnos la sorpresa y el estado de ánimo de aquel joven que esperaba con ilusión el momento de compartir con su esposa un hogar y una familia. Ante esta situación incomprensible para él, José, que era un hombre bueno, pensaba de qué manera podía resolver aquella situación sin que tuviera ninguna consecuencia desfavorable para aquélla que él amaba de todo corazón.

Una vez tomada la decisión de separarse de María, Dios se revela a José en el silencio de la noche, en el silencio del sueño, para revelarle el significado de lo que ha sucedido. En el sueño, el ángel se dirige a José de forma solemne y lo llama hijo de David. Salvo este caso, sólo a Jesús se le atribuye este tratamiento. ¿Por qué el ángel lo llama hijo de David? Porque todo lo que le tiene que comunicar sólo puede oírlo como hijo del rey David, ya que ésta será la clave que le aclarará el sentido de todos los hechos y de todas las palabras que vendrán. Contrariamente a lo que se podía pensar, el Mesías descendente David no aparecerá en medio de las instituciones de Jerusalén, sino que surgirá del retoño más débil del gran rey, porque la fuerza de la salvación no se encuentra en los grandes palacios sino en el amor sencillo y pleno que se puede vivir en la casa de un carpintero.

El mensajero de Dios habla claramente: María, su esposa ha concebido un hijo por obra del Espíritu Santo y hace falta que José la reciba en su casa y cuando nazca el niño le tiene que poner el nombre de Jesús. La imposición del nombre era un derecho del padre que indicaba claramente el reconocimiento de su paternidad sobre el niño recién nacido.

En la Biblia, cuando se nos habla de sueños y de ángeles que llevan mensajes, se suele referir a revelaciones profundas, al descubrimiento interior de Dios que muestra su camino, aquello que espera de cada uno. José, en la oscuridad, en la perplejidad y la tristeza de aquella situación que nunca habría imaginado, entiende la llamada que Dios le hace. Por eso una vez se hubo despertado, cumpliendo lo que el ángel del Señor le había mandado, toma a María en su casa con todo el misterio de su

maternidad, la toma junto con el hijo que llegará al mundo, demostrando de esta manera su disponibilidad para aquello que Dios le pedía.

La propuesta que Dios le hace cambia radicalmente su vida como hombre y como creyente. De ahora adelante su existencia ya no será como él lo había podido prever. Su vida será como Dios la quería. La vida entera de José, el justo, quedó desestabilizada a partir de este momento porque, al igual que Moisés ante la zarza ardiente, ha sido invitado a acercarse al misterio de Dios hecho hombre.

También María, por su parte, había vivido una experiencia similar, que nos es narrada en el evangelio según san Lucas. José y María dejan que Dios tome posesión de sus vidas, de manera tal, que todo lo que son y todo lo que tienen, también su amor de prometidos, lo ponen a disposición del Dios Altísimo que ha querido hacerse su hijo, concebido en el seno virginal de María, por obra del Espíritu Santo. Un hijo que les dirá padres y que los amará como un hijo. Y aún más, su vida como creyentes toma un nuevo vuelo ya que los favores de Dios no se limitan a la persona que los recibe, sino que la convierten en instrumento de salvación para los otros.

Hermanos, como decíamos al inicio, estamos a punto de acabar el tiempo de Adviento, pero todavía hoy Dios nos ha dirigido a cada uno de nosotros su anuncio, a cada uno nos envía su ángel, bajo signos y mediaciones bien diversas e inesperadas. También a nosotros, hoy, nos dice que con la fuerza del Espíritu Santo son posibles aquellas cosas que tenemos por imposibles. Por eso, nos podríamos preguntar: ¿sé crear en mi interior y en el ambiente donde vivo el clima adecuado para que Dios se pueda hacer presente? ¿Confío lo suficiente en el Señor? ¿Dónde pongo mi confianza?

La rutina y la misma experiencia de lo que nos cuesta amar a los otros, de perdonar, de recomenzar una relación débil, de dialogar, de ser magnánimos, de trabajar por la paz, de movernos por los que lo necesitan ... nos pueden hacer desconfiar de nosotros mismos y de la posibilidad de cambio. Las palabras claves, sin embargo, para no caer en la desconfianza son: "No tengas miedo". La Eucaristía es el memorial de la confianza de Dios en nosotros.